

# El espejo desenterrado

César Dávila Andrade

*A María Isabel*

(«...digo que aún mi actual estado de monje debo a aquel episodio que la Divina Misericordia acordó embutir en piedra preciosísima, revestida de conchas semejantes a las de esos espantables endriagos que habitan los pantanos; puliéndola para instrumento en el que las añosas entretelas de ciertos actos humanos, habíanse conservado incólumes para gloria y testimonio de las inescrutables geometrías del orbe sidéreo, de cuya Piedra de Filosofía dimanaban todas las gemas, las vetas y filones que enriquecen nuestro globo y lo arman por dentro como alambre torácico de maniquí...»)

\*

124

La antigua y señorial aldea de Onzamirra había llegado a su decrepitud. Su calle principal, nombrada «de las Colmenas», porque las ventanitas de los desvanes y sobradillos ostentaban graciosos recuadros hexagonales, constituía un río de polvo calcáreo, bajo el que yacían, dislocadas, las losas de otro tiempo. Los faroles habían desaparecido. De uno de ellos, quedaba la piedra que lo había sostenido, en la esquina de las Beltranes; pero su muesca estaba ahogada en aquel polvo. De las tres fuentes que surtían de agua a los moradores, resaltaba una, en cuyo pilón lleno de légamo, latía aún una vena cristalina.

Grandes ratas de pelaje gris e hirsuto, de ojos brillantes y codiciosos, con los rabos empedrados de niguas vítreas, se paseaban por las aceras y bullían libremente en los obradores y talleres abandonados.

Nadie sabía de qué se alimentaban esas ratas, ya que, hasta los mismos vecinos de la villa, morían de hambre.

\*

(«...a este respecto me parece poder ofrecer una dirección aproximada, si invito a Vuestra Señoría, a pensar en que la turbamulta de estas alimañas brotaba de las inmediaciones del Antiguo Cementerio de San Bruno, en cuya triple cripta estaban enterrados los frailes de esa Orden y algunos fieles que habían pedido dicha gracia en vida; por lo que estas ratas debían nutrirse con los despojos de aquellos piadosos varones»).

«De este modo, aquel desfile repulsivo, debería imputarse a la voluntad del Misterio, aplicada a escarnecer a Onzamirra, sobre sus mismos escombros, por el desconcierto de las pasiones del pasado. Pero, al mismo tiempo, pregúntome, aterrado, ¿por qué dichas alimañas tenían que convertir en su repugnante sustancia, la noble y refinada de unos hombres excelentes...? O es que —acaso—, Señoría Venerable, ¿los designios más altos determinan tejer, a veces, su justicia, valiéndose de las insospechadas simetrías entre la concupiscencia de unos y las virtudes de otros?»)

125

\*

En medio de la sequedad ruinosa del aire, sobre las colinas roídas por la erosión; allí donde años atrás había vibrado la espiga de trigo candeal, alzábanse ahora los escombros de cuatro grandes edificios de granos, telares y queserías que habían pertenecido a Úrsula Elfilasios. Pero...

Los torrentes abandonaron sus lechos en el curso de una sola noche. Los telares y graneros ardieron al otro día: y los trigales de las vertientes y laderas se agostaron en el lapso del siguiente decenio. Furias lluviosas destrenzaron los surcos y arrastraron el último grano. Después, el sol y el viento calcinaron el mantillo vegetal hasta poner al descubierto la piedra dorada y espectral que la luna convierte en

sarcástico brocado. Pero lo que nadie se atrevió a comentar siquiera en su hora, fue la súbita obcecación del caudal del río Moyar, luego de la noche del día en que Úrsula murió a la vista de los inmundos. El agua fue retirada de entre las piedras y matorrales de sus márgenes y halada con la última gota de las arenas de su lecho, como un niño dormido al que se levanta del suelo.

Melquiades Herreluero, un anciano que poseía una finca a una legua de la villa y que aquella noche velaba consultando los planos de una cantera, se dispuso después en cierto momento que el río se le despejó de los oídos como una venda arrancada brutalmente. Agregó que se puso de pie como ante una repentina amenaza manteniéndose allí paralizado, hasta que «oyó» la falta del río, y «escuchó» el vacío del rumor familiar de la corriente. El río en hueco, era lo que percibía.

\*

126

(«...Sí, Venerable Señoría: aquella vez el último sobreviviente de esos contornos, vino a verme aquí en este Monasterio de Nuestro Padre San Bruno; y al preguntarle yo por sus recuerdos e impresiones de aquella noche, me dijo —más o menos— estas palabras: “Saúl, hijo mío, créeme tú.” Tomé la linterna sorda y, sin reponerme aún de la sorpresa, atravesé los huertos y alcancé la orilla. El agua —toda el agua del Moyar— había desaparecido completamente. Sentí, entonces, venir por el cauce abandonado un silencio aterrador, más compacto y elocuente que el agua...»).

\*

Treinta o cuarenta vecinos restan en Onzamirra. Sin embargo, bien se puede afirmar que nadie vive entre los derruidos muros del cascajo, orinados por el gran perro de los postergados.

Entre casa y casa, ábreanse barrancas de aire sucio y oscilan breves sonidos de deslizamientos. Son las lagartijas que acaban de encapuzar con su retráctil lengua un mosquito diminuto... Pero no son solo esos sonidos casi irreales los que registra la atmósfera de Onzamirra. En las inmediaciones de las casas bullen remolinos de rumor formados por moléculas de aire disgregado y leproso, filtrándose hacia el substrátum general de la ruina y la derelicción. Lagartijas y pálidas culebras inocuas huyen entre estos símbolos del sonido, hacia un exterminio igual al silencio.

Por otra parte, todo aquí es privación de presencia y de autenticidad. Y no parece, sino que un burdo sabotaje espiritual se ha producido en el alma de estas gentes, separándolas de sus contactos con las sagradas ruedas que mueven las honduras de la vida, y privándolas del disfrute de la conciencia, por lo que semejan grandes muñecos vacíos, galvanizados apenas, por los ecos y reflejos del ambiente.

En mitad de los alucinantes veranos, ocurren hechos sorprendentes que revelan en estas criaturas, su condición de misteriosos excomulgados del Alma de la Tierra. Y nadie puede deslindar en tales hechos, la jurisdicción del espejismo sobre los límites de la vida concreta. Ambos fueros o ambas patrañas se interpenetran de tal modo, que pueden ser intercambiables hasta lo infinito.

Acaso la misma Úrsula Efilasios, no fue sino un hermoso espectro, sobre su alto caballo blanco cuyo ojo izquierdo estaba circuido por un anillo negro. Pero, ella ha muerto y su tumba arde durante las noches sin luna, bajo el níspero de la colina.

Cuando ya solo un centenar de vecinos, llegados de quién sabe qué cimas o archipiélagos, habiánse cruzado entre sí hasta el punto de reproducir un increíble Rostro Único, desdibujado y roído por la incesante maculación de un rito abyecto; ella, Úrsula, descendió de su esbelto caballo blanco (un anillo de piel negra en torno al ojo izquierdo), y dominó sobre ellos por espacio de diez años.

Vivieron hechizados por su celeste figura, modelada en la sustancia láctea de las diosas; pero fue Valentín Ruisantos, el marido que ella tomó aquí, por un capricho de hermosa, el que un día la enterró allá arriba, en una tumba que arde bajo un níspero durante las noches sin luna.

Desde entonces, los millares de piedras con que ellos habían levantado las cercas y las vallas de los potreros y de los trigales, de los huertos y de los jardines: las piedras doradas y brunas con que habían formado las coronas de las eras, las paralelas de los senderos, las graderías de los graneros y las pirámides de los almiares, empezaron a rodar y rodar ciegame, persistentemente, desunidas, desarticuladas, por la debilidad sonriente y humorística de los tuteques y las lagartijas. (La tumba es también una piedra bajo el níspero). Y las piedras rodaron dirigidas por pastores de carneros subterráneos; escuchaban con sus orejas de liquen el litigio de sus ácidas partículas en continua disensión. Rodaron sin cesar, abriendo sus huesos y separando sus vértebras, de los almiares y de los campos de sembradura, de las cercas y del filo de los potreros. Rodaron sin temor y se fueron distribuyendo como al azar; pero, observadas desde la cumbre, descubrióse que habían formado una inmensa sepultura. Y la tumba de Úrsula, en la colina, ardiendo bajo el níspero, en la noche sin luna.

128

Por entonces, en el lecho del río, entre las piedras y las arenas mohosas, aparecieron los caracoles. Eran pequeños verdinegros, viscosos. Iban a convertirse en el alimento principal de los espectros de la villa.

Con su irrisorio e impar pie pegado al vientre, los moluscos se desplazaban comiendo y excrementando la tierra blandengue y revenida. Era el cieno corporeizado que se devora a sí mismo y constituye, a un tiempo, su pasaje intestinal, su camino y su excremento. Los vecinos de Onzamirra los cocinaban con una polenta de centeno, agría y de aspecto sucio. Esa era toda su nutrición.

\*

(«...este particular. En lo que respecta a su alimentación de mis infortunados coterráneos, sé informar a Vuestra Paternidad Ilustrísima, que su repertorio de nutrimentos era tan miserable como exiguo. Ordinariamente hacían una sola comida al medio día, y en ella tomaban una polenta de harina de centeno en la que habían echado un puñado de caracoles, hijos del lodo y de la pereza. Como no podían procurarse tabaco, liaban unas tagurninas flacas, valiéndose de las hojas de una solanácea que crece al pie de la montaña. El alcohol lo obtenían, poniendo a fermentar unas hierbas con rodajas de los mismos caracoles; pero sus hábitos de embriaguez tenían un carácter inusitado: bebían solitariamente y monologaban por lo bajo, hasta entrar en un delirio melancólico. No eran pendencieros. Creo yo, Señoría Ilustrísima, que hasta esta índole vernácula de la sangre humana ordinaria, no tenía arraigo en ellos, seguramente debido a la extrema lasitud interior y al marasmo físico, a los que habían descendido por una larga degradación hereditaria. Dicho esto, permítame su Señoría que pase a...»).

129

\*

Una sola vez fueron arrancados a su letárgica condición. Cierta suceso, resucitó en ellos la visión de luminosos estados de existencia, como cuando vivía la bella y enérgica Úrsula Efilasios, que había traído las ovejas, las vacas, los cerdos, las gallinas. La que les había instruido en las artes de la agricultura, en las labores textiles (aquellas mantas de lana, a barras rojas, moradas, blancas, anaranjadas), y en los secretos de la elaboración de mantequillas, quesos, cuajadas, natillas y requesones. Aquella Úrsula Efilasios que había traído los caballos, y que apareció

ella misma, amazona, sobre un caballo blanco, en el perfil de la Colina de la Amortajada.

Porque ahora, en esta tarde, fue un relincho de caballo lo que acababan de escuchar.

Debían ser ya las tres y media. A poco, como si se hubieran puesto de acuerdo, y visto el lugar en el que el animal se había detenido, casi todos los hombres de la villa, empezaron a aparecer en las esquinas de la Plaza. En el centro, junto al monumento, vieron un caballo blanco. A su lado, un hombre aflojaba ya los arreos de la cabalgadura. Alivió al animal, lo desensilló y colocó todas las piezas sobre una piedra que allí estaba. Luego, pausadamente se volvió y contempló a los hombres, inmóviles en sus sitios de asombro. Entonces describió lentos e inspirados movimientos, invitándoles a aproximarse. Todos, al mismo tiempo, dieron algunos pasos hacia el centro de la Plaza. En aquel instante aparecieron las mujeres y ocuparon el lugar que ellos habían dejado. (Niños no había ninguno).

130

El extranjero se fijó especialmente en uno de ellos, el más alto, llamado Valentín Ruisantes, viudo de la bella Úrsula Efilasios. Este, fue el primero en acercarse al forastero, que le extendió la mano. Los demás fueron a colocarse detrás del que había sido distinguido.

Valentín escuchó lo que el forastero le decía, y se volvió a un muchacho que estaba tras él, y le transmitió el pedido. Saúl partió a la carrera. Entre tanto el Extranjero sacó de sus alforjas unos paquetes y llamó a las mujeres. Cada una recibió un pan de una libra. Mordisqueándolo desaparecieron.

Saúl regresó con un cubo y un cuenco llenos de agua. El Extranjero bebió lentamente y al terminar puso los ojos en blanco. El caballo bebió del cubo, larga y aterciopeladamente, chasqueando de vez en vez los belfos y sacudiendo las gotas prendidas a sus vellos.

Como se vio desde el principio, el Extranjero sentía deferencia por Valentín Ruisantes. Ahora qui-

so visitar su casa. Como todas las de la Villa, esta era muy vasta, aunque casi toda ella se encontraba en ruinas, salvo una habitación baja dedicada a dormitorio y cocina.

Dentro, el Extranjero tomó la escalera que conduce al segundo piso abandonado y temido por los habitantes de la casa, los cuales, desde abajo, contemplaban en silencio los movimientos del visitante. Este, abrió la sala grande, antiguo dormitorio de Úrsula y Valentín, e impresionó una fotografía de la tenebrosa alcoba, a la luz de un relámpago blanco que brotó de la pequeña máquina. Cerró la puerta y descendió.

Antes de partir, llamó aparte a Valentín Ruisantos y a Saúl y les enseñó a manipular unas varillas rabdománticas, indicándoles que podían localizar con ellas un tesoro en el terreno que poseían.

\*

(«... efectivamente, Venerable Señoría, dicho Extranjero estuvo en nuestra villa; pero, no podría describir jamás el aspecto del Desconocido a Vuestra Paternidad. Cuando miré sus ojos por primera vez, experimenté la alegría del que ve descender toda la riqueza de la altura a su ambiente cotidiano. Parecía entregarnos las llaves de un esplendor desconocido, sin quemarnos las manos ni comprometernos a nada. Recuerdo cómo bebió del tazón de agua que le ofrecí. Agradecido con una unción iluminante, que nunca había visto hasta entonces. Merced a ese gesto, contemplé, en un relámpago, el abismo de grosería en el que me había criado. En cuanto al regalo que hizo al señor Ruisantos, de aquellas varas de rabdomante; los sucesos que se desencadenaron por su influjo, me llevan a ahondar en la vislumbre inicial que tuve del Extranjero, por lo cual le juzgué medianero y heraldo de la voluntad que se esconde en la parte misteriosa de cada cosa o acontecimiento...»)



\*

Nadie se percató en la villa del regalo del Extranjero.

En cuanto a Valentín Ruisantos, desde que retornó aquella tarde de la plaza, despidiendo al Desconocido, dióse a andar de aquí para allá, a través de su terreno, observando el movimiento de las varillas encantadas. Durante estas exploraciones, acompañóle en todo momento Saúl, su hijo adoptivo, el cual, llegando a fraile años después, relató el suceso por escrito a uno de sus Superiores, que lo había exigido, invocando el voto de obediencia que encadenaba voluntariamente su vida.

\*

(“...y protesto humilde y fervorosamente, ante Vuestra Paternidad, sobre que la interpretación de “medianero y heraldo” que hice de la persona del Extranjero, se ajusta con la más rendida sumisión a reconocer la voluntad de Dios, viéndola reflejarse y cumplirse en y a través de sus criaturas y de los fenómenos naturales, así como en la urdimbre de los acontecimientos. Y, siguiendo, digo que al tercer día de encontrarnos mi padrino y yo en la busca de tesoros, guiándonos por las varillas de marras, estas se trabaron en el cariz prevenido por el Extranjero y nos señalaron reiteradamente un lugar en medio de un pequeño prado cercado por saúcos y retamas. Sobre él, empezamos a cavar febrilmente desde el amanecer del otro día. Yo, me sentí fatigado después de los primeros esfuerzos; en cuanto a mi padrino, aunque a él nunca le vi alzar una paja del suelo, no cesó de manejar la barra y el pico. Estaba visiblemente enardecido, y puedo asegurar que algo como un fluido extraño alimentaba sus miembros, dándole una energía insospechada. Al cabo de dos horas, y mientras yo retiraba los terrones sueltos, la barra chocó contra un cuerpo duro. Se detuvo con el rostro iluminado, tiró a

un lado la herramienta y tomó la azada. Trabajando con ella, descubría poco después el caparazón del tesoro. Entonces empezamos a arañar a cuatro manos la tierra. Vimos aparecer algo como el lomo de un saurio, según estaba recubierto de gruesas escamas».

«Cuando todo el rededor quedó libre de la sujeción de la tierra, mi padrino hizo palanca con la caña de la barra y consiguió dar vuelta al extraño cuerpo. La cara inferior se nos presentó. Era la superficie lisa y brillante de un espejo».

«...Su Señoría podrá imaginarse el asombro y la mudez de los hombres que se miran entre sí haber mirado un abismo de luz desenterrado, y habiendo perdido el uso de la palabra, únicamente los ojos de uno y de otro establecen la visión incomunicable, de conciencia a conciencia, en el centro de un silencio sepulcral».

«Aquel espejo tenía para nosotros la majestuosa autoridad de una pupila de la Naturaleza. Inclínamos los rostros y nos contemplamos copiados en el cristal».

«Recuerdo que me vi ayudando a mi padrino a transportar el hallazgo hacia la habitación común en donde nos esperaba Angélica Maluenda, su concubina».

«Cuando mis sentidos salieron de la llamarada que los encandilaba, vi que la Maluenda había lavado y abrillantado el espejo y que con mi padrino lo habían acomodado frente al alto catre tallado en el que dormían».

«Ella estaba mirándose y se componía el cabello por primera vez».

«Mi padrino volvió. Noté de inmediato que había ido a ese lugar de la cocina en donde escondía su cántaro de aguardiente. Estaba demudado. El hallazgo le preocupaba».

«En ese momento, el sol del mediodía, penetró por un boquete del tejado. Un rayo vibrante como una espada se hundió en el centro del espejo».

«Los tres nos habíamos sentado en el suelo y contemplábamos el cristal. Un sortilegio profundo, una pureza sin mancha, refinada durante siglos de os-

curidad y de silencio, fluían de él y retornaban a su hondura libre».

«De pronto, la superficie empezó a moverse y a producir un oleaje muy vivo, semejante al que se desata en el agua cuando ésta rompe a hervir».

«El oleaje se calmó y los contornos se clarificaron, dando lugar a líneas nítidas y depuradas y seguidamente a los planos de una habitación. Así contemplamos la aparición de una alcoba recubierta de madera oscura. Era, según reconocí, el dormitorio del piso alto. En un gran lecho recubierto de frazadas de lana y seda se revolcaban, trabados mi padrino y la Maluenda. Repentinamente, abrióse la puerta de esa alcoba y apareció una hermosa mujer con un niño en brazos. Ni Valentín Ruisantos ni la Maluenda le oyeron entrar. Ella al descubrirlos en su lecho, lanzó un alarido de dolor y cayó hacia atrás, al lado de un arcón forrado en cuero. Ellos, se desataron de su nudo fornicario, como dos bestias asustadas, y se vistieron aprisa. La Maluenda tomó al niño que había caído a un costado de Úrsula, y esta, fue trasladada al lecho por Valentín. Cuando la acomodó sobre las almohadas, Úrsula estaba ya sin vida. Aún contemplo su noble perfil de cera, recortándose sobre el blanco fuego de las almohadas».

«Miré enseguida hacia el lugar que Angélica Maluenda ocupaba en el espejo, y pude verla con el desconocido infante en brazos, atontada ante el cadáver de su Señora, a quien había suplantado en el lecho. Valentín se aproximó y le amenazó de muerte si publicaba los pormenores del suceso. Ella, le juró silencio y fidelidad. Entonces, él, le arrebató al niño y lo puso a los pies de la esposa muerta. Hecho esto, empezó a llamar a gritos a la servidumbre».

«Esta escena se inmobilizó durante algunos segundos en el espejo. Fue entonces, cuando en un destello de adivinación y certeza, me reconocí a mí mismo en el niño que descansaba a los pies de Úrsula Efilasios. Ella, según supe después, me había hallado expósito en la cercanía de los telares, y lo traía —o me traía— para darle crianza. Pero no fue ella quien

me crio, aunque estuve cerca de su pecho. Ahora la conocía junto a mi lejana niñez que el espejo me devolvía por unos instantes».

«...En cuanto me reconocí a mí mismo en aquel niño, le reconocí, sonriéndome de presente a pretérito. Casi en el mismo acto, el espejo se puso a hervir como antes. Después, poco a poco, se fue calmando como un cubo de agua retirado del fuego».

«El rayo de sol que al mediodía entraba en el cristal, huyó de él fulgurando por el aire. Angélica Maluenda enloqueció en ese instante y salió dando alaridos. Me volví hacia Valentín. Estaba petrificado. De pronto, se incorporó y se dirigió hacia el espejo con la boca abierta y los ojos desorbitados. Se inclinó hechizado; dio de cabeza contra la superficie, y se desplomó sin ruido casi».

«Angélica Maluenda enloqueció a fondo. Ahora vaga de pueblo en pueblo preguntando a la gente por Úrsula Efilasios. Dicen que lleva en brazos un muñeco de trapo, grande, al que llama Saúl, y asegura ser el expósito que Úrsula quiso adoptar. Como Vuestra Señoría deducirá, soy ese niño que Angélica pasea por los pueblos, infatigablemente. De este modo, mientras escribo para Vuestra Paternidad estas notas desmañadas y simples, mi infancia, duplicada en un muñeco de trapo, recorre el mundo por el poder de un extraño encantamiento. ¡Dios sea loado!».1

---

1 Publicado originalmente en la revista *CAL* (Caracas) N° 27, 1964. Hasta ahora no ha sido incluido en ningún libro de Dávila Andrade. La transcripción de este texto fue hecha, directamente de la revista *CAL*, por José Gregorio Vásquez (San Cristóbal, Venezuela, 1973).